

## Prólogo:

### *Moviéndose por la paz* de Enric Prat

Este libro es sin duda la aproximación más completa a la historia del movimiento por la paz que se ha editado hasta ahora en España. Su tema central es la historia del antimilitarismo y del pacifismo en Cataluña desde la década de los cincuenta del siglo pasado hasta la actualidad. Se aborda, pues, un período muy amplio que incluye momentos también muy diferentes tanto de la historia contemporánea de España como en el ámbito internacional. A lo largo de estos cincuenta años el movimiento por la paz ha conocido dos fases distintas de la llamada “guerra fría” que enfrentó a la OTAN y al Pacto de Varsovia, el riesgo (acentuado en 1962 y 1984) de una guerra librada con armas nucleares, el hundimiento del socialismo en la Unión Soviética, la disolución del Pacto de Varsovia y, por supuesto, un número considerable de guerras, intervenciones militares y conflictos armados en Asia, África, América y Europa.

Cuando en Cataluña empezaban a organizarse los primeros grupos con una orientación pacifista y no-violenta aún coleaban en el mundo los efectos de la guerra de Corea, se había reforzado la división bipolar, se estaban librando grandes batallas a favor de la descolonización, algunos dirigentes europeos, africanos y asiáticos trataban de encontrar una vía propia, no alineada con alguno de los dos grandes bloques entonces existentes, y la mayoría de la gente estaba obligada a pensar sobre la paz en el marco agobiante de un enfrentamiento directo entre “capitalismo” y “socialismo”. España estaba saliendo entonces del período autárquico pero vivía, en dictadura, bajo una férrea censura y la mayoría de la población apenas tuvo noticia de los grupos de científicos que propugnaban por entonces una nueva forma de pensar en la época de las armas de destrucción masiva o de las manifestaciones que empezaban a ser convocadas en algunas de grandes ciudades europeas (sobre todo en Inglaterra y Alemania) con la paz y el desarme como banderas.

Treinta años después encontramos una situación tan cambiada que Cataluña se había convertido en el lugar de Europa en que había proporcionalmente más objetores de conciencia al servicio militar y más jóvenes insumisos exigiendo la derogación del servicio militar obligatorio. Cincuenta años después de que aparecieran grupos como *Pax Christi* y otros similares, Cataluña y España aportaban el mayor porcentaje de manifestantes de todo el mundo contra la guerra en Irak. En medio, en la década los ochenta del siglo XX, tenía lugar aquí la más intensa y prolongada batalla pacífica contra la OTAN que se haya dado en el mundo occidental, la cual acabó enlazando pronto, por lo menos idealmente, con el movimiento por la paz y contra las armas nucleares que estaba creciendo simultáneamente en todo el mundo.

La simple mención de la amplitud del período estudiado y la alusión a la magnitud del cambio de mentalidad que se había operado en esos años ya da idea de la complejidad y dificultad del asunto que aquí aborda Enric Prat. Pues, obviamente, no es nada fácil dar con las claves explicativas que permitan enlazar lo que empezaron siendo en Cataluña organizaciones, casi clandestinas y muy minoritarias, que se inspiraban en la lectura de

Lanza del Vasto o en las ideas de un cristianismo crítico que cuajaría en el Concilio Vaticano II con esa “cultura de la paz”, en sentido muy amplio, que en 2004 llevó a un porcentaje de la población nunca visto antes a expresar en las calles de Barcelona su protesta contra guerra. Para enlazar esos dos cabos, desde la década de los cincuenta hasta nuestros días, hace falta mucha paciencia historiográfica, elaboración de los datos disponibles, ecuanimidad en el análisis de los documentos que han quedado, contextualizar bien la cosa y, sobre todo, diferenciar mediaciones y factores históricos para no caer en la ilusión de que lo que hubo antes, o estuvo en el principio de las cosas, es causa de este notable resultado del movimiento por la paz más próximo a nosotros.

En esta *Historia del movimiento por la paz en Cataluña* desde los años cincuenta del siglo pasado hasta nuestros días Enric Prat sigue, naturalmente, el hilo de la cronología. Pero se advierte enseguida, desde la introducción, que la historia que va a contar no es precisamente una historia lineal. Se remonta a los antecedentes ideales de la cultura de la paz y la no-violencia cuando ésta era todavía cosa de unas pocas personas que rechazaban el núcleo duro de la educación franquista de la época, pero no para decirnos que ahí estuvo el origen ideal de lo que había de venir después, sino para sugerir, a través de la mención de algunas personas que participaron en *Pax Christi*, *El ciervo*, *Amics de l'Arca* y algunos otros pequeños grupos de entonces, que es por ahí por donde hay que buscar uno de los filones que, tanto en el ámbito de la historia de las ideas como en la decantación del pacifismo, confluían en el movimiento por la paz de los ochenta, cuando éste empieza a rebasar ya el horizonte del anti-atlantismo.

En el capítulo que dedica a los orígenes de *Pax Christi*, *El ciervo* y *Amics de l'Arca*, Enric Prat se ha servido de la memoria escrita que nos han dejado algunos de los impulsores de aquellos grupos. Pronto subraya, sin embargo, que aquella defensa de la no-violencia, parcialmente inspirada en Gandhi, Lanza del Vasto y la renovación del catolicismo, quedaba entonces muy lejos de la orientación de los movimientos por la paz y contra la guerra impulsados por científicos, pensadores e intelectuales en los años de la primera guerra fría. Entre estos otros habría que distinguir. De un lado estaban personalidades directamente vinculadas a los partidos comunistas de la época que recogían y acentuaban la inspiración antibelicista y antimilitarista de los clásicos del marxismo; de otro lado, científicos preocupados por el desarrollo de las armas atómicas y por la carrera armamentista, que se habían atrevido a levantar su voz desde el bombardeo de Hiroshima y que, por lo general, se agruparon en torno a los firmantes del Manifiesto Russell-Einstein publicado en 1956 (aunque no sólo).

No hay duda de que, durante algún tiempo, que se puede fechar entre mediados de la década de los cincuenta y, quizás, finales de la década de los setenta, la distancia entre estos dos últimos grupos y los partidarios de la no-violencia en sentido estricto era mayor (en el plano de las ideas y por el tipo de acciones que propugnaban) que la que separaba a científicos comprometidos, seguidores de Russell y Einstein, e intelectuales próximos a los partidos comunistas que por entonces convocaban en Europa las Marchas por la Paz. Hubo intentos de aproximación, el más sonado de los cuales fue seguramente el discurso de Palmiro Togliatti, en 1954, en el que, ante la proliferación de las armas atómicas y el riesgo de una nueva guerra, propugnaba “un acuerdo entre comunistas y católicos para salvar la civilización humana”. Pero aquella propuesta que, según dicen los historiadores, se difundió en Italia a través de un millón de copias, apenas podía tener eco aquí, dadas las circunstancias de la época.

Para comprender mejor la distancia entre aquellas dos (o tres) formas de entender la lucha por paz en esa época a la que nos estamos refiriendo hay que tener muy presente que, en un estado dictatorial, a las dificultades de comunicación habituales, cuando de lo que se trata es de orientaciones ideales distintas, se añade siempre un factor material que complica decisivamente las cosas. Ese factor, en el caso de la Cataluña de entonces, era la prohibición gubernamental explícita de toda reunión en que pudiera discutirse incluso de ideas cuando éstas chocaban con la ideología dominante. Y es evidente que tanto el antimilitarismo de los intelectuales próximos al partido comunista como el antibelicismo de los científicos comprometidos y la prédica de la no-violencia con implicaciones prácticas (como negarse a empuñar las armas) eran ideas que chocaban con el nacional-catolicismo dominante y con la orientación del régimen de Franco, tanto en política internacional como en política interior. Si en la Italia democrática de los inicios de la década de los sesenta el diálogo entre la posición no-violenta de Aldo Capitini, uno de cuyos libros había sido puesto en el índice por Pío XII, y el antimilitarismo de orientación socialista de Palmiro Togliatti no era fácil en el momento en que aquél convocaba las primeras marchas a Asís, ¿qué decir de la dificultad de un diálogo aquí, donde todo estaba prohibido, entre lo que representaban, de un lado, el grupo de Pax Christi o Amics de l'Arca y lo que representaban los primeros estudiantes e intelectuales comunistas organizados, partidarios, más bien, de las Marchas europeas por la Paz?

Señalar la existencia, como antecedente, de ese filón ideal que es la no-violencia, subrayando al mismo tiempo la distancia de tal punto de vista respecto de otras posiciones que en las décadas siguientes iban a resultar mayoritarias en el movimiento por la paz, es, en mi opinión, contar bien la historia. Por de pronto, se evita así el presentismo que tanto domina actualmente en las reconstrucciones *periodísticas* de la historia contemporánea de Cataluña (y de España), en las que todo parece haber ocurrido para mayor gloria de los que mandan en el presente, como si el antecedente que importa al autor (y que supone que tiene que interesar el lector de hoy) estuviera ya, en su momento, apuntando directamente hacia las ideas y los hechos que hoy tienen éxito. Evitar el presentismo tiene su importancia metodológica, pues al descontextualizar las ideas con la intención de tomarlas por antecedente directo de lo que hoy somos (o creemos ser) se pierde toda la complicación que suele ser habitual en la historia misma de las ideas: el haber sido, por ejemplo, una buena idea que pasa a ser, años después, un cabo suelto, perdido para los más, y tal vez recuperada de nuevo, con el tiempo, en un marco histórico muy cambiado y por vías insospechadas.

Yendo al caso: aquel filón ideal para el movimiento por la paz que fue en su momento *Pax Christi* o *Amics de l'Arca*, perdido u olvidado para la mayoría de las organizaciones que jugaron un papel importante en los comités anti-OTAN, esto es, en los orígenes del nuevo movimiento por la paz de principios de la década de los ochenta, reaparece, como un cabo suelto, efectivamente, cuando, al enlazar con otros movimientos europeos contemporáneos por la paz, el antimilitarismo empieza a verse a sí mismo como movimiento pacifista propiamente dicho. O sea: cuando hubo que pasar de la protesta ante lo que estaba claro que no se quería (la OTAN, la proliferación de las armas nucleares, el riesgo exterminista que conllevan las armas de destrucción masiva, etc.) a la aclaración de lo que se quería alternativamente, a la noción de la paz a la que se aspiraba. Es entonces cuando salta a primer plano en el movimiento la reflexión acerca de la concordancia entre el fin buscado y los medios que hay que emplear para la consecución del fin. Se discutirá entonces no sólo sobre ese *algo más* que la paz que implica siempre la lucha por la paz en concreto sino también acerca del papel de la violencia en sus distintas formas.

Lógicamente, en la discusión sobre los medios adecuados al fin buscado reaparecen temas como la objeción, la desobediencia y la no-violencia. Pero esto no quiere decir que el movimiento por la paz de la segunda mitad de la década de los ochenta se propusiera en Cataluña de forma explícita la recuperación de ideas expresadas treinta años antes en el seno de las embrionarias organizaciones mencionadas. Sólo quiere decir -aunque ya eso es importante- que, en ese contexto, se recuperaba una temática que había sido propia de otra tradición de liberación (la del viejo Tólstoi, Gandhi, Lanza del Vasto, Capitini y Luther King, entre otros), distinta de aquella (la socialista marxista en sus distintas variantes) en la que inicialmente se inspiraron los activistas antimilitaristas de principios de los ochenta.

Que uno de los problemas a que han de hacer frente siempre los movimientos sociales críticos y alternativos es la dificultad de enlazar con su propia historia anterior (incluidos los muertos) resulta a estas alturas cosa sabida. Lo interesante aquí, cuando se hace historia de un movimiento concreto, es mostrar documentalmente cómo esa cosa sabida, que a estas alturas se puede considerar rasgo característico de los movimientos sociales, vale también en nuestro caso.

Y en el libro de Enric Prat, al abordar este asunto, se esbozan o sugieren algunas explicaciones. Una, muy explícitamente: la lectura de autores extranjeros que estaban en aquella otra tradición y que entonces se traducen o reeditan. Otra, puede deducirse de lo dicho en otros apartados del libro: la presencia, en el movimiento por la paz de aquellos años, de activistas que aquí, en Cataluña, se habían formado en aquella otra tradición o con personas de más edad que estuvieron en los orígenes de *Pax Christi* y *Amics de l'Arca*, y que, como Pepe Beunza, la habían mantenido declarándose objetores de conciencia ya al principio de la década de los setenta. Y una tercera, que puede considerarse una especificidad local, por así decirlo: el que por entonces haya habido aquí personas influyentes en el movimiento, como Manuel Sacristán, que, mucho antes que en otros lugares, llamaran la atención sobre la importancia que en aquel momento tenía ponerse a dialogar con una tradición (la de Gandhi) que no era la suya, tomándose en serio su temática preferencial.

Hacia 1980 era ya evidente para muchos de los activistas por la paz que no se podía seguir hablando seriamente sobre guerra y paz en los términos en que lo había hecho el marxismo clásico o en los términos en que planteó Lenin el problema durante la primera guerra mundial, tal vez ni siquiera en los mismos términos en que se expresaban en 1956 los redactores del llamado Manifiesto Russell-Einstein cuando propugnaron, como alternativa, “un gobierno mundial”. No era tan evidente, en cambio, con quién o quiénes había que dialogar para encontrar una vía de la salida a la encrucijada. Y justamente por eso es importante subrayar aquí, como se hace en el libro, el papel de puente que, por sus ideas o por su ejemplo, desempeñaron en esta historia personas de ideologías y edades tan alejadas como Manuel Sacristán, Vicenç Fisas, Pepe Beunza, Lluís M<sup>a</sup> Xirinachs, Arcadi Oliveres o Rafael Grasa.

Enric Prat ha reconstruido con muchísimo detalle la evolución del movimiento por la paz durante ese período histórico que ocupa prácticamente toda la década de los ochenta. Esa fase se inicia en Cataluña con las protestas contra OTAN y las bases norteamericanas en España, enlaza con el movimiento europeo por la paz que se desarrolló en los años centrales de la década, tuvo su momento de inflexión negativa en el 86, después del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, y, superada la crisis, se entrelaza enseguida con las primeras campañas de objeción fiscal al gasto militar, y, algo

más tarde ya, con el auge de la objeción de conciencia y la insumisión frente al servicio militar obligatorio que, a pesar del cambio político operado, seguía existiendo en España. Los capítulos centrales del libro proporcionan una panorámica omniabarcadora, que rebasa con mucho la historia del movimiento por la paz, pues en ellos, además de detenerse en el análisis de las ideas, propuestas, acuerdos, debates y controversias en las distintas organizaciones que contribuyeron a su configuración, Enric Prat entra de lleno en la dinámica histórica para reconstruir el contexto y apuntar los principales factores que durante aquellos años contribuyeron al auge del antimilitarismo y del pacifismo.

Para la descripción de los hechos ocurridos (campañas, concentraciones, reuniones, asambleas, actos masivos, conferencias, manifestaciones) y para el análisis y valoración de los mismos, el autor de esta *Historia del movimiento por la paz* ha utilizado toda una panoplia de fuentes: documentos de las principales organizaciones que participaron en el movimiento; escritos de sus activistas; resoluciones institucionales; textos de los partidos políticos y sindicatos que en algún momento apoyaron al movimiento; artículos aparecidos en tribunas de discusión y en revistas de la época, tanto especializadas en cuestiones militares como de intención político-social alternativa; noticias y comentarios publicados en periódicos del momento, etc. Descripción de los hechos y análisis valorativo se completan aquí con un estudio particularizado de lo que fue el feminismo antimilitarista de la época, en el que tuvieron un papel destacado las mujeres organizadas en torno a la revista *En pie de paz*. Ese estudio nos permite conocer un acontecimiento relevante en aquel momento y, por lo general, poco estudiado, al menos de una forma específica para el caso de Cataluña.

Enric Prat ha complementado el estudio de las fuentes de la época con un bien estructurado cuestionario, dirigido a activistas y personas varias, regularmente afiliadas a las organizaciones que en distintos puntos de Cataluña jugaron por aquel entonces un papel preponderante. Las respuestas detalladas (más de 150, lo que es mucho) a este cuestionario proporcionan pistas de mucho interés no sólo para comparar recuerdos de una memoria inevitablemente selectiva sino también para dilucidar cuestiones que no aparecen tratadas habitualmente en las fuentes primarias, como la ideología de los entonces activistas, la formación que tuvieron con anterioridad a su participación en el movimiento por la paz, sus vínculos políticos-sociales, sus expectativas de aquel momento, así como los motivos de fondo de las discrepancias que surgieron en las controversias.

Es natural que en esta *Historia* se haya dando tanto relieve a la descripción de los grupos, actuaciones y movilizaciones, así como al análisis de sus ideas, propuestas y controversias durante la década de los ochenta porque esta sido la fase en que el movimiento por la paz en su conjunto, y a pesar de los altibajos, tuvo mayor continuidad y alcanzó mayor relevancia político-social y cultural en Cataluña. En cierto modo podría decirse que el movimiento por la paz, junto con otros movimientos sociales críticos y alternativos, como el ecologista, el feminista y el de objeción e insumisión, fue en aquellos años *la otra cara de la transición en curso*. Pues con sus protestas, sus manifestaciones y sus declaraciones sacó a la luz pública todo lo que la democracia política incipiente había heredado del franquismo y a lo que *la reforma pactada* en 1976-1978 había puesto sordina: el papel del ejército como árbitro de la situación, la dependencia de los Estados Unidos de Norteamérica en política exterior, la utilización *ad hoc* del poder judicial y de la policía, por parte del ejecutivo, la persistencia del centralismo patriótico y el mantenimiento de la cultura del ordeno y mando que se resiste a considerar la objeción de conciencia y la desobediencia civil como piedras de toque de la democracia misma.

En este punto la historia del movimiento por la paz tiene que enlazar con la historia crítica de la transición, es decir, con las visiones alternativas de la transición que tratan de evitar el presentismo al que me refería antes, ya que un rasgo común de las organizaciones y grupos más activos en el movimiento anti-OTAN fue, por decirlo suavemente, la denuncia del déficit democrático existente en la España de la época. La rectificación del PSOE, partido en el gobierno desde 1982, en una cuestión tan central para el movimiento por la paz como lo era la posición que había que adoptar ante la OTAN y, sobre todo, la intensa campaña que siguió en los medios de comunicación para lograr que la mayoría de la población cambiara de opinión al respecto, fueron dos de los aspectos considerados por los activistas del movimiento como ratificación explícita del forzamiento de la democracia y de la persistencia de la herencia franquista. Hasta tal punto esto fue así que en algunos sectores del mismo se llegó a pensar y a decir que el efecto perverso de aquella campaña en la población iba a ser tan peligroso, desde el punto de vista político-moral, como la permanencia en una alianza militar “sin estar en la estructura militar” de la misma, como paradójicamente se decía entonces desde el partido gubernamental.

Si en la primera mitad de la década lo más llamativo del movimiento por la paz fue su capacidad para movilizar a las gentes en la calle, exigiendo primero un referéndum sobre la OTAN y luego propugnando el voto negativo en el mismo, en la segunda mitad lo más notable es tal vez su carácter capilar, las transformaciones moleculares que, al poner en primer plano la objeción de conciencia y la insumisión, pero también al recoger algunas de las sugerencias del feminismo antimilitarista, produjo en la sociedad y particularmente entre los jóvenes. No hubo entonces, desde 1986, tantas manifestaciones masivas como había habido en los años anteriores, pero en cambio se inventaron otras formas de organización y de movilización y, sobre todo, se extendió muchísimo en la sociedad la idea de que la objeción al servicio militar obligatorio estaba moral y políticamente justificada. Son ilustrativas de ambas cosas las cifras que Enric Prat aporta tanto en lo que respecta a los participantes en manifestaciones durante la primera mitad de la década, como en lo que concierne al aumento del número de objetores al servicio militar obligatorio desde su segunda mitad y ya en la década de los noventa.

Aunque los resultados de toda aquella actividad y de lo que había sido participación masiva en las manifestaciones quedaran por debajo de lo esperado, sobre todo después de la celebración del referéndum sobre la OTAN, todavía se puede interpretar este otro proceso capilar o molecular a favor de la objeción y de la insumisión como una consecuencia, por indirecta que sea, del ambiente combativo y crítico que se había creado años atrás. El resultado del referéndum sobre la OTAN fue vivido por los principales activistas del movimiento por la paz, y con razón, como una derrota. Y, como suele ocurrir, la reflexión y el debate sobre las causas de una derrota inesperada originaron desánimo, desilusión y división. En momentos así los movimientos sociales críticos y alternativos suelen fijarse más en los propios errores de análisis y estratégicos, o en la queja sobre el nivel de conciencia de la gente en su conjunto, que en la consideración de la fuerza material del poder al que se oponen y en la capacidad de éste para la manipulación de la conciencia de las poblaciones.

Cuando eso ocurre suele estar ya llamando a las puertas del movimiento social correspondiente un cambio generacional que le dará otra inflexión. También eso sucedió en el este caso. Con dos factores añadidos que la historia del movimiento por la paz en esos años no puede obviar. El primero de esos factores es una particularidad diferencial: en Cataluña el *no* a la OTAN en el referéndum de 1986 superó a los votos afirmativos. El

segundo factor a considerar es el cambio en la situación internacional. Entre 1986 y 1990, se produjo un vuelco en el mundo que, por su importancia y magnitud, había de trastocar necesariamente todos los análisis anteriores, basados en la existencia de un mundo bipolar: la *perestroika* en la Unión Soviética, la caída del muro de Berlín, la disolución del Pacto de Varsovia y la desintegración de lo que había sido el “bloque socialista”.

Este es ya el contexto, completamente nuevo ya, en el que se produce el auge de la objeción y de la insumisión al servicio militar obligatorio y casi simultáneamente el movimiento contra la primera guerra del Golfo Pérsico en 1990-1991. También aquí, al pasar del declive de 1987 a la nueva fase que se abre en 1991, aporta Enric Prat información fehaciente y análisis detallado para el estudio de las relaciones entre las organizaciones dedicadas a impulsar la objeción y la insumisión, y entre éstas y lo que había quedado organizado del movimiento por la paz después del referéndum sobre la OTAN.

Varias de las organizaciones socio-políticas que habían tenido en Cataluña un papel importante en las movilizaciones pacifistas y antimilitaristas de los años anteriores fueron desapareciendo entre 1987 y 1990, pero otras, más directamente vinculadas a la objeción fiscal al gasto militar, a la objeción de conciencia, a la insumisión o a la crítica del ejército y del comercio de las armas se mantuvieron. En líneas generales, se puede decir que en esos años se produjo un notable debilitamiento organizativo: se rompieron parcialmente los puentes entre los grupos que defendían la objeción y los grupos que defendían la insumisión, y entre éstos y los que habían se habían inspirado en una visión global de la lucha por la paz en la época de las armas nucleares; incluso la coordinación en grupos para convocar campañas específicas se hizo entonces precaria. Se diversificaron los temas de estudio en el seno del movimiento y se dio cada vez más importancia a la educación para la paz y a la difusión de la cultura de la paz. Pero, a cambio, el movimiento por la paz en su conjunto, como movimiento social crítico y alternativo, se hizo mucho más minoritario y algunas de las reivindicaciones anteriores se institucionalizaron.

Es ahí, en ese complejo cuadro caracterizado por el declive organizativo, la tendencia a la diversificación, la difusión capilar de las ideas sobre educación y cultura para la paz y el auge de la objeción, donde hay que situar el cambio generacional que se produce en los grupos y organizaciones más activos en el nuevo movimiento, lo cual influyó también en sus publicaciones más conocidas y difundidas. A título de hipótesis se puede avanzar, en relación con esto, que la conciencia de la peculiaridad diferencial, o sea, la conciencia del hecho de que en Cataluña el resultado del referéndum hubiera sido distinto del que hubo en toda España (las otras excepciones fueron el País Vasco, Navarra y Canarias) hizo de engarce, a partir de entonces, al menos en el ámbito de las ideas, entre los objetores e insumisos más jóvenes y los veteranos activistas del movimiento por la paz de la primera mitad de los ochenta que, en su mayor parte, procedían de organizaciones de raíz marxista o libertaria. Eso al menos es lo que aparece apuntar cuando se estudia la composición de las plataformas o coordinadoras que han convocado las manifestaciones más numerosas entre la primera guerra del golfo y la invasión de Irak.

Pero desde 1991 este vínculo entre los veteranos del movimiento por paz que impulsaron la mayor parte de las movilizaciones de la década de los ochenta y los jóvenes objetores e insumisos ha sido tan inestable como la organización misma del movimiento. De hecho, el engarce sólo se ha producido ya con motivo de las protestas contra la primera guerra del golfo Pérsico y, de nuevo, en el momento de la invasión de Irak por el ejército de los Estados Unidos y sus aliados. Al estudiar el pacifismo y el antimilitarismo de la

década de los noventa una de las cosas que resulta más llamativa es el desfase existente entre el crecimiento del número de personas que se declararon por entonces objetores de conciencia y la precariedad de las plataformas de coordinación a la hora de organizar las manifestaciones contra las guerras que asolaron la antigua Yugoslavia (entre 1991 y 1997) o, años después, Afganistán (2001). Esto último contrasta igualmente con la proliferación de grupos y organizaciones no gubernamentales que desde esos años se han dedicado activamente en Cataluña, por ejemplo, a la crítica del comercio legal e ilegal de armas, a la denuncia del uso de las minas antipersonas, a la denuncia del uso de las armas ligeras en los conflictos en curso o a impulsar o denunciar determinadas intervenciones por motivos humanitarios.

Aquel desfase entre proliferación de organizaciones antimilitaristas en un sentido amplio y debilitamiento en la coordinación de las acciones (con el consiguiente descenso de la participación ciudadana en las manifestaciones contra las guerras en curso), cosa que a veces se ha considerado como una paradoja histórica, obliga a afinar mucho en la explicación de lo que ha sido la evolución del movimiento por la paz en la última década del siglo XX, sobre todo en relación con las guerras en la antigua Yugoslavia, en Chechenia y en Afganistán pero también con los conflictos que han tenido lugar en África, Asia y Oriente Medio. Pues en todos esos casos fueron muy evidentes las discrepancias, en el seno del movimiento por la paz (y no sólo en Cataluña) acerca de las formas de actuación del gobierno serbio del momento, de la ONU, de la OTAN, de la administración norteamericana y de los gobiernos de la Unión europea.

Meritorio es, por tanto, bosquejar al menos los principales factores que permitirán explicar, por una parte, desfases y discrepancias en el movimiento y, por otra, el paso a esa situación nueva en la que se producen ya las grandes manifestaciones ciudadanas contra la invasión de Irak. Para explicar ese paso Enric Prat se ha detenido en el análisis de la importancia comparativa de los factores internacionales (los atentados en EEUU y el retorno a la ideología de la guerra preventiva), estatales (el papel del gobierno español en la invasión de Irak) y locales (la creciente aversión que provocó en la ciudadanía de Cataluña no sólo la política internacional del Partido Popular en su segunda legislatura sino también su política interior, cada vez más agresiva en lo que hace al tema de las nacionalidades del Estado).

En este libro concurren, además, dos circunstancias que conviene tener en cuenta. Su autor ha sido un protagonista activo de los hechos históricos que narra y es al mismo tiempo un historiador que, con los años, vuelve sobre los hechos para describir, interpretar y explicar esa historia con el rigor de la investigación académica, pero afirmando al mismo tiempo el compromiso político-moral que tuvo con el movimiento social que ahora estudia. La concurrencia de estas dos circunstancias, que se ha dado en el caso de otros investigadores de los movimientos sociales críticos y alternativos, no es, obviamente, garantía de ecuanimidad en la descripción, análisis e interpretación de los hechos. Quien trabaje en el ámbito de la historiografía sobre acontecimientos directamente vividos hace no muchos años tiene que saber que ha de realizar un esfuerzo particularmente tenaz para que la propia memoria, selectiva como la de los demás, no acabe teniendo más peso, en las valoraciones, que el trabajo de archivo o que el tratamiento distanciado de documentos y opiniones a los que tal vez un día, en el fragor de las discusiones o de las actividades en que participó, no dio la importancia que tenían. Tendrá, en suma, que esforzarse por establecer una distancia suficiente entre lo que él mismo pensó, mientras actuaba, y lo que piensa ahora al volver sobre lo actuado y proponer una explicación de los hechos.

Pues bien, al acompañarle en la edición de su *Historia del movimiento por la paz en Cataluña* querría terminar subrayando que Enric Prat no sólo ha hecho ese esfuerzo sino que además ha salido airoso de la prueba. Aunque el lector sabe que el autor ha sido parte activa del movimiento del cual se ocupa (porque hay varias referencias inequívocas a eso en el libro), llegará el final del mismo -creo- con la convicción de que el historiador ha sido ecuánime, que es la forma en que puede ser objetivo el investigador que es al mismo tiempo parte del movimiento que investiga. No me detendré aquí a reflexionar acerca de cómo se logra eso en general, sino que quisiera llamar la atención sobre cómo lo ha logrado Enric Prat en particular, o sea, en el caso del libro que el lector tiene entre manos.

La clave está, creo, en la combinación de las seis cosas que siguen, a alguna de las cuales he aludido ya, y ahora resumo. En primer lugar, el carácter muy exhaustivo de la documentación utilizada para cada uno de los períodos estudiados. En segundo lugar, el análisis, también detallado, de la documentación disponible y seleccionada. En tercer lugar, el carácter riguroso de la encuesta realizada a una muestra muy representativa de los protagonistas de los hechos estudiados y la equilibrada interpretación de los resultados de la misma. En cuarto lugar, la solvencia de la metodología y de la bibliografía utilizada en cada uno de los capítulos. En quinto lugar, la precisa contextualización del movimiento social estudiado en el marco de una problemática socio-política fundamental durante varias décadas. Y en sexto lugar, la importancia que en la investigación se ha concedido a la ya considerable bibliografía relativa al análisis teórico de la evaluación de los movimientos sociales en general.

Todas estas cosas estaban ya presentes, y fueron motivo de loa, en la primera versión de este estudio, dedicada al movimiento por la paz de los años ochenta, que fue el tema de la tesis doctoral presentada por Enric Prat en el Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives de la Universitat Pompeu Fabra. Aquella tesis doctoral está en el origen del libro que ahora se publica. La investigación realizada con tal motivo académico se ha conservado, en lo esencial, para los capítulos centrales del libro, que tratan del movimiento contra la entrada de España en OTAN, del desarrollo de un movimiento por la paz con carácter masivo en la década de los ochenta del siglo XX, del reflujo que se produjo luego y de los inicios del movimiento contra la guerra del golfo.

La documentación que Enric Prat utiliza en la descripción y análisis del movimiento antimilitarista y pacifista de esos años en Cataluña y para establecer sus conexiones con lo que se estaba haciendo simultáneamente en España y en Europa es abrumadora. Apenas hay propuesta, discusión o análisis en el seno del movimiento de estos años, de las que haya quedado pieza documental por escrito, que haya escapado a la búsqueda del autor de este libro. Y en ese sentido poca cosa, si es que hay alguna, podrá añadirse ya. Pero hay más: su recuerdo personal como protagonista, la documentación conservada por él mismo y, sobre todo, la atención prestada al recuerdo y la palabra de otros, captados a través de numerosas y largas entrevistas, han permitido a Enric Prat corregir errores de hecho difundidos por los medios de comunicación de la época y contrastar con equilibrio opiniones diferentes sobre lo que se estaba haciendo, restaurando así lo que en otros tiempos se denominaba, sin complejos pero con la modestia que hace al caso, *verdad histórica*.

Aspiración, ésta de restaurar la verdad histórica, hay que decirlo, nada fácil de cumplir cuando de lo que se está tratando es de un movimiento social de protesta y resistencial que, a pesar de su carácter masivo en los momentos más sobresalientes, no gozó precisamente del favor de los principales partidos políticos del arco parlamentario ni

de los medios de comunicación entonces más difundidos, los cuales, sobre todo desde el momento del referéndum sobre la OTAN, informaban de los hechos, cuando informaban, pero dedicaban poco espacio a explicar los motivos y argumentos de quienes protestaban y se manifestaban.

Se habla mucho hoy en día de memoria histórica, y seguramente eso es bueno, pero hay que reconocer que en cuestiones centrales que afectan al movimiento por la paz la memoria colectiva parecer haber fracasado. Y en esto tienen también su parte de responsabilidad los medios de comunicación ¿Quién se acuerda ahora ya de lo que costó a sociólogos y politólogos próximos al partido entonces en el gobierno encontrar la pregunta *ad hoc* para cambiar lo que hasta 1984 había sido opinión mayoritaria en el país sobre la OTAN? ¿Y quién se acuerda de las *condiciones* que estos sociólogos y politólogos tuvieron que añadir a la pregunta que se hizo en el referéndum para que ésta fuera contestada por la mayoría de la población española según lo deseado por el partido gobernante?

Tanto por su enfoque metodológico como por la amplitud de la bibliografía utilizada, este libro de Enric Prat puede ser considerado también como un excelente ejemplo a seguir en el estudio de los movimientos sociales que fueron tomando cuerpo en España en la segunda mitad del siglo XX. Pues, aunque su autor ha puesto el acento en una reconstrucción detalladísima de lo que han sido las ideas, organizaciones y movilizaciones en defensa de la paz y contra la guerra desde la década de los sesenta del siglo XX hasta las más recientes protestas contra la invasión de Irak, también se ha esforzado por aclarar los conceptos teóricos que van conectados con tales ideas y que han sido discutidos recurrentemente en el seno de los grupos y organizaciones sociales más activas. Valgan como muestra, a este respecto, las páginas aquí dedicadas a aclarar los distintos usos de la noción *movimiento social* o a precisar y matizar lo que hay que entender por antimilitarismo, antibelicismo y pacifismo propiamente dicho.

Pronto será esta -espero- una obra de referencia para todas aquellas personas interesadas en conocer un aspecto relevante de la historia contemporánea de Cataluña. Existe, desde luego, una ya muy amplia y solvente bibliografía sobre momentos y temas diversos de la historia contemporánea de Cataluña, pero se pueden contar con los dedos de una mano los libros rigurosos dedicados a uno de los movimientos sociales que más repercusión ha tenido aquí en la configuración de las ideas político-sociales de la población. Cosa que, por lo demás, no deja de ser llamativa si se tiene en cuenta que, como queda dicho, el antibelicismo, el antimilitarismo y la aspiración a una cultura de la paz han producido en Cataluña algunas de las manifestaciones más numerosas y con más repercusión cívica de las últimas décadas.

Francisco Fernández Buey  
Barcelona, abril de 2006